

ve á los Estados generales como un libelo sedicioso, y solicitaron con vivas instancias que se suprimiese.

En este intervalo llegó de Roma el vicario entredicho; y apenas puso los pies en Holanda, se recibió la noticia de que su suspension se habia convertido en deposicion absoluta, por un decreto de 3 de abril de 1704 que se publicó en Roma un mes despues de su salida. Sobrevino entonces un nuevo diluvio de escritos cismáticos, en que se decidia con descaro que el vicario, á pesar de la deposicion impuesta por Clemente XI, gozaba de la plena autoridad aneja al vicariato que habia recibido de Inocencio XII. Y para hacer saber á todo el mundo cristiano que á despecho de la Sede apostólica se le tenia por vicario de la Sede apostólica, se mandó acuñar una medalla con esta inscripcion: *Non sumit, aut ponit honores, arbitrio popularis aurae*: no toma ni deja los honores, segun el capricho del vulgo. Mas para honrar al arzobispo de Sebastia aun no se contentaron con esos monumentos reservados á los grandes hombres, pues además le tributaron los honores de Santo y le canonizaron en vida. Asi aparece de una estampa en que se pinta á San Pedro introduciéndole en el cielo. El arzobispo de Sebastia vivió ocho años despues de estos escándalos, y murió sin haberlos reparado.

El P. Quesnel habia tenido la mayor influencia en la seduccion de los holandeses católicos, y en la obstinacion de los jansenistas del resto de los Países-Bajos, donde andaba errante ya mucho tiempo. Habíase retirado primeramente á Bruselas, donde permaneció oculto algunos años en compañía del doctor Arnaldo. Pasaron despues los dos á Holanda por un decreto de expatriacion que espidiera el gobierno contra ellos, y estuvieron tambien allí retirados y sin dejarse ver, porque temió el arzobispo de Sebastia que fuesen descubiertos con perjuicio de la mision. Las circunstancias le forzaron á buscar su primer asilo en un

castillo del pais de Lieja, de donde regresaron ocultamente á Bruselas. La soledad en que vivieron en aquella capital, ocupados casi únicamente en sus maquinaciones clandestinas, les dejó gozar de suma tranquilidad hasta la muerte del doctor (1694), en cuyo lugar entró inmediatamente Quesnel en calidad de patriarca del jansenismo; por lo que el partido olvidó muy pronto que habia ya muerto su grande Arnaldo.

Apenas fué investido su sucesor, cuando correspondió á las esperanzas que habian concebido de él, y por las que ya hácia mucho tiempo que le destinaban á ocupar el primer puesto. Conservó las antiguas correspondencias y estableció otras nuevas, no solo con los católicos equívocos de las Provincias-Unidas y de todos los Países-Bajos, sino tambien con los de los diversos Estados de Europa. Estrechó los lazos que le unían á los antiguos amigos, y adquirió otros nuevos; procuró grangearse para si mismo aquellos á quienes no esperaba atraer al partido; de esta suerte, si no podia lograr de ellos que se manifestasen abiertamente como partidarios declarados, procuraba al menos tenerlos neutrales. Con este fin, revisó oficiosamente la Historia de las congregaciones *de auxiliis*, escrita por el P. Serry, y prestó su pluma á algunos celadores de las misiones del extranjero para desacreditar las iglesias de la China gobernadas por los hermanos de sus antagonistas de Europa. Los intereses reciprocos tuvieron largo tiempo oculto este manejo; y si Quesnel no hubiese sido por fin apresado con todos sus papeles, jamás se hubiera sabido á cuantas clases de personas estendia sus relaciones.

Empero los libelos que de dia en dia se iban esparciendo con mas profusion y en mayor número en los Países-Bajos, obligaron al metropolitano de estas provincias á tomar las mas justas y serias medidas para impedir este desorden. Despues de haber denunciado inútilmente á la Santa Sede al P. Quesnel y tam-

bien á su mas digno émulo el P. Gerberon, recurrió á la potestad política contra unos cismáticos resueltos, que se gloriaban de despreciar y oponerse á toda la gerarquía, y que solo podian ser contenidos por la fuerza. El rey de España espidió sus órdenes al marqués de Bedmar, gobernador de los Países-Bajos, para que hiciese prender á aquellos perturbadores, los cuales recibieron reiterados avisos del peligro en que se hallaban; pero creyendo que estaban seguros en Bruselas, no tardaron en caer en manos de la justicia. Los ministros del rey asociados á los del arzobispo, prendieron desde luego al P. Gerberon en su domicilio ordinario.

Pasaron inmediatamente despues al lugar llamado refugio de Foret, donde tenia el P. Quesnel una habitacion casi desconocida; pero los ministros del arzobispo tenian en su mano el hilo que los habia de conducir en aquel laberinto. Llegaron en derechura al escondrijo; llaman á la puerta, y abre Brigode, su fiel compañero. Preguntáronle dónde estaba su amo, y él, temiendo lo que iba á suceder, respondió con tales gritos y metió tanto ruido, que pudo oirlo Quesnel, y aprovechó un momento para ponerse en salvo; pero sintió muy pronto una mortal inquietud. Reflexionó que habia abandonado gran número de papeles, que le importaba mucho tener escondidos; tornó á acercarse por ver si hallaba coyuntura para tomarlos; vió que se llevaban preso á Brigode, creyó que habia ya marchado toda la guardia, y volvió á entrar en su aposento. Mas para su desgracia se habian quedado en él algunos ministros del arzobispo. Al verlos corrió á esconderse dentro de una cuba, cuya boca cubrió con un lienzo; pero los que allí estaban percibieron algun rumor, y no tardaron en encontrarle. No siendo fácil conocerle por el traje de seglar que llevaba, le preguntaron si era el P. Quesnel; y respondió con sencillez que se llamaba Mr. Rebek. Los nombres de Fresne, Rebek, el pa-

dre prior y otros eran para él otros tantos apodos que tomaba, y ardidés de que se valia para evitar las restricciones mentales y el abominable equívoco. Mas á pesar de ello, no dejaron los ministros de prender al supuesto Rebek, y le condujeron al palacio arzobispal, donde se le encerró en un cuarto que se tenia por muy seguro (1703).

Luego que se vió solo, arrancó de las vidrieras un pedacito de plomo, y escribió con él el siguiente billete: «No esteis en cuidado por mí; estoy alojado en una buena pieza en la parte que mira al átrio de las caballerizas: una de sus ventanas cae al jardín de la hospedería ó posada sita entre el palacio arzobispal y el convento de dominicos. Ved todo lo que os puedo decir, careciendo de pluma y de papel. Todo vuestro.» El sobre decia: «á Mr. Ernesto, canónigo de Santa Gudula.» No llegó este billete á su destino, porque se le encontró en una punta de pañuelo del preso; pero su industria no dejó dudar que habria formado otro igual, aunque haya protestado despues repetidas veces, que si se escapó, fué por una especie de milagro, sin haber él tomado parte en la trama que para este fin se habia urdido. Un gentil-hombre francés reducido á la última miseria, y que tocó el oro de los jansenistas, fué quien proporcionó la libertad del sectario. En la noche del 11 al 12 de setiembre principió Quesnel á agujerear una pared del palacio acompañado de otro sugeto desconocido, y trabajaron ambos con tanta actividad, que á la noche siguiente pudo ya salir el pájaro de la jaula. Pero su alegría no fué completa, porque quedaron en rehencos sus papeles, cartas, libelos y minutas de todas clases.

El primer fruto de su libertad fué un nuevo libelo intitulado *Motivo de derecho*, que fué quemado en Bruselas, con dos cartas. Examinados sus papeles, se le intimó en nombre del arzobispo de Malinas que se presentase á responder en persona á los cargos que se le ha-

cian. Respondió á las reiteradas citaciones con torrentes de injurias. Sin embargo, se procedió á hacerle causa en vista de las infinitas pruebas que suministraban sus escritos: fué juzgado en rebeldía; y por sentencia de 10 de noviembre de 1703 se le declaró excomulgado, con orden de retirarse á un convento á hacer penitencia, hasta que estuviese plenamente satisfecha la Santa Sede, á la cual se reservaba su absolucion. Tambien se le prohibió volver á entrar en la diócesis de Malinas, é imprimir ningun escrito, pena de carcel perpétua.

Su resentimiento fué cual podia esperarse de la violencia de su carácter. Sobre todo se declaró furiosamente contra la causa (la cual se dió al público), tratándola de enorme, monstruosa y horrible, amontonando todos los dicerios é injurias vagas á que se recurre cuando faltan razones y fundados motivos (1). No obstante, en ninguna parte acusa de infieles los extractos que se hicieron de sus escritos, y que sirvieron de fundamento á su condenación. Eran estos unos testigos que no podia él recusar, y todo lo mas que pudo contestar fué que cualquiera puede poner por escrito en un papel cuantas ideas se le ocurran; bien que despues trató de dar una interpretacion tolerable de esas ideas. Se le acusaba de que ningun hombre habia despreciado tanto como él las potestades legítimas, y de que se habia declarado con la mayor insolencia contra los reyes y sus ministros, contra los Papas, cardenales y obispos, y contra todas las personas que no pensaban como él. Respondió que todo ello no era mas que unas cuantas palabras algo libres, tratando en confianza con algunas personas y sobre algunos asuntos públicos. Pero esta causa famosa, segun se ve impresa, es el monumento irrefragable en que la posteridad se fundó para juzgar sobre este punto de un modo que no admite apelacion.

(1) Idea del libelo intitulado *Causa del P. Quesnel*.

El P. Gerberon y Brigode tuvieron peor suerte que el P. Quesnel. Cansado Brigode de una prision de seis meses, presentó una súplica, en la que despues de confesar á su arzobispo que se habia empleado muchos años, tanto en hacer imprimir como en distribuir los libros del partido, pedia humildemente el perdón, y decia que esperaba de su buen pastor, que á imitacion de Jesucristo, cuyo lugar ocupaba, seguiria mas bien los impulsos de la misericordia que los de la justicia. Concluia con estas palabras: «Tengo la confianza de que el que ha comenzado en mí la obra de mi conversion, la perfeccionará hasta el dia del Señor, y que con el auxilio de la gracia no daré ya jamás motivo alguno de sospecha.» ¿Quién no hubiera tenido por sincera esta hermosa protesta de su arrepentimiento? Concedióle la libertad el arzobispo de Malinas, con la condicion que haria una confesion clara y esacta de su fé, que daria cincuenta florines de limosna á algunas comunidades pobres, y que se retiraria despues á un monasterio de cartujos para hacer quince dias de ejercicios espirituales, y que haria una confesion general, y que no volveria á poner los pies en la diócesis de Malinas. El penitente lo prometió todo, pero nada cumplió.

Quedó preso el P. Gerberon como incapaz de disimular y fingir, y se siguió su proceso con toda la madurez que exigian el número y la naturaleza de sus acusaciones: lo cual hizo prolongar el negocio hasta el 24 de noviembre de 1704. Siendo religioso benedictino de la congregacion de San Mauro, se habia escapado del monasterio de Corbia á tiempo que iban á prenderle en el año 1682 por varios libelos que habia publicado en favor de los errores proscritos. Refugióse á Holanda, y se naturalizó en Rotterdam con el nombre de Agustin Kergré. Desde entonces anduvo errante por las Provincias Unidas y por toda la Bélgica, cuyos paises inundó de escritos erróneos sobre la gracia. Nunca ha tenido el

jansenismo defensor mas ardiente y laborioso; y hubiera podido ocupar la silla patriarcal del partido, si su franqueza inflexible bajo ciertos respectos hubiese podido convenir al gefe de una secta que no se sostiene sino por la ficcion. Mas la estraña franqueza de Gerberon, que en la *Historia general del jansenismo* no hizo escrúpulo de alterar los hechos mas notorios, aborrecia todo paliativo con respecto á sus opiniones; y en cuantos escritos daba á luz, enseñaba claramente la doctrina de las cinco proposiciones condenadas, como puede verse en casi todo lo que salió de su pluma. Enseña siempre, y sin rodeos, que Jesucristo no murió mas que por la salud de los predestinados; que toda gracia medicinal es eficaz por sí misma, y que no hay gracia alguna suficiente con la que los que permanecen en el pecado puedan convertirse si quieren (1).

Esta ingenuidad, tan contraria á la política del partido, le acarreó frecuentes reconvenções de parte de aquellos que, no menos adherido que él á la nueva doctrina, querian que se propusiese con mas arte y ambigüedad, y que se le diese alguna semejanza con el tomismo. Querian algunos que se escribiese contra él, para persuadir al público que no pensaban del mismo modo todos los jansenistas; pero no por esto se hizo mas circunspecto el P. Gerberon. Convencido de que era tener injustamente esclava la verdad proponerla en terminos ambiguos y fáciles de girar á cualquier sentido, continuó representando el jansenismo en toda su desnudez, y publicó además que los tomistas no conocian la doctrina de San Agustin. Nadie llenó sus deseos; ni Arnaldo á quien acusaba de haberse debilitado en sus últimos dias, ni Quesnel de quien aparecia émulo envidioso. Ved aqui cómo hablabá de este en una de sus cartas (2): «si

llega á verse, como desea, gefe del nuevo partido, los que creen amar sinceramente la verdad, y á quienes Dios ha dado algun conocimiento de ella, experimentarán grandes remordimientos por haber sido alistados en él. Mas ocultabanse cuidadosamente al público estas desavenencias intestinas de los primeros gefes de la secta, porque vendrian á parar indefectiblemente en cubrirles de oprobio y de ignominia, como en efecto sucedió cuando el secuestro de sus papeles y documentos mas secretos sacó de las tinieblas estos misterios de iniquidad. Quesnel llevó su política hasta el punto de hablar del P. Gerberon, cuando fué condenado, como de un teólogo esacto y profundo, que nada habia escrito sobre la gracia que no fuese perfectamente católico. Seductor inconsecuente y furioso, que se enredaba en sus propias palabras, aprobó los sentimientos teológicos de Gerberon que profesaba claramente el mas riguroso jansenismo, viniendo así Quesnel á desmentir anticipadamente cuanto dijo despues para persuadir que solos los visionarios podian descubrir en sus *Reflexiones morales* el fantasma del jansenismo.

Informado el arzobispo de Malinas de las intenciones del Papa por un breve que habia recibido, y contando de seguro con la proteccion de su Magestad católica y del rey cristianísimo, dió orden á sus ministros para que continuasen con actividad la causa. Gerberon no quiso abogado que le defendiese, pues se defendió él mismo; pidió por favor se le juzgase sin tardanza, y se mostró pronto á sufrir todas las penas que se le impusiesen. Se le hicieron varios interrogatorios, en los que no pudo negar que habia enseñado públicamente las novedades proscritas, en especial desde que dejó el hábito monástico, y que habia denigrado con todas sus fuerzas la reputacion de los Papas, de los principes y de todos los enemigos del jansenismo. En fin, á 24 de noviembre de 1704 se dió la sentencia que no pudo notificarse hasta ocho dias

(1) *La verd. catol. vict.; La confianza Crist.; A d'umbrat. Eccl. Rom.*

(2) 19 Decembr. 1700.

despues, en la que se le condenaba á hacer la profesion de la fé, á suscribir el formulario, y á abjurar la doctrina de las cinco proposiciones, debiendo pasar luego á su monasterio, cuyos superiores habian de celar particularmente su conducta, y tenerle encerrado hasta que diese una satisfaccion completa por lo tocante á la doctrina. Tal es la sentencia de Malinas, cuyo rigor han exagerado tan injuriosamente los jansenistas.

Si sufrió otras humillaciones, solo debió atribuir las á su obstinacion en negarse á retractarse en ninguno de los artículos y suscribir sin restriccion el formulario. Despues de esta negativa, el rey de Francia le reclamó como vasallo suyo, y le mandó poner primeramente en la ciudadela de Amiens, y luego en el castillo de Vincennes. Ni la soledad, ni las incomodidades inseparables de una prision, pudieron por espacio de seis años abatir el ánimo de este anciano octogenario. Casi no se dudaba ya que iba á morir impenitente, herege y excomulgado, cuando se sintió enteramente mudado. Se compadeció el Señor de una alma que por sí misma era recta, y cuyo extravío no procedía tanto de depravacion como de las preocupaciones que se la habian sugerido. Pidió á todo prisa el P. Gerberon que le diesen á suscribir el formulario, y le suscribió sin ninguna restriccion á 10 de abril de 1710: retractó la doctrina de todos sus libros, y mostró el mas vivo dolor por el mucho tiempo que habia estado adicto á los errores condenados. Al punto se le puso en libertad, y restituido diez dias despues á sus hermanos los religiosos de la abadía de San German de los Prados, ratificó espontáneamente todo lo que habia hecho en Vincennes. Ya era tiempo de que reconociese y condenase sus errores, pues no vivió diez meses completos despues de una obstinacion de mas de cincuenta años. Falleció á 20 de enero de 1711 con crueles remordimientos, especialmente por el gran número de almas que habia extraviado del camino de la verdad; pero

al mismo tiempo con una firme confianza en la misericordia del Señor, y con un arrepentimiento tan vivo que pudo expiar lo mucho que le habia retrasado.

En el año en que el P. Gerberon sufrió en Malinas la humillacion que le fue tan saludable, murió en Paris, á 12 de abril de 1704, el célebre obispo de Meaux, cuyo solo nombre es el mayor elogio que puede hacerse de él. No fue solo en Francia donde se tributaron á la memoria de Bossuet los justos honores que le eran debidos; la misma Roma le honró con demostraciones públicas de sentimiento y elogios fúnebres. Era demasiado ilustrada esta capital del orbe cristiano para no conocer toda la estension de la pérdida que el catolicismo entero acababa de experimentar. Habia adquirido la conviccion de que en medio de los movimientos y de las tempestades que tantas inquietudes habian causado, Bossuet se habia mostrado siempre como un ángel de paz. Se pronunció, pues, su oracion fúnebre en Roma en el mes de enero de 1705, ante la congregacion de la Propaganda, en presencia de los cardenales que eran individuos de ella, y de una concurrencia prodigiosa de lo mas escogido que tenia el clero romano, tanto secular como regular. Con efecto, en presencia de una asamblea encargada de propagar la fé del cristianismo en todas las regiones de la tierra, era ante quien convenia hablar dignamente de un obispo que tan bien habia defendido la Religion y la Iglesia, y cuyo nombre habia sido llevado con sus obras á los paises mas remotos (1). A estas obras inmortales está reservado dar á la mas remota posteridad una idea cabal de la fuerza y elevacion de su ingenio, el cual se manifiesta especialmente en las Oraciones fúnebres, en las Advertencias á los protestantes, en la Historia de las Variaciones y en el Discurso sobre la Historia universal: obras

(1) *Hist. de Bossuet, par le card. Bausset, t. 4, p. 423.*

maestras que no tuvieron modelos, y que nunca quizá tengan imitadores. Pero antes de la decadencia de una secta reducida á robar á los católicos los mas grandes hombres que no nacen ya en su seno; hubiera podido creerse que Bossuet, tan superior á todo panegírico, tuviese necesidad de apologia sobre la grave materia de la fé; Bossuet que hasta el fin de su carrera fué el azote de toda especie de secta y de error (1)?

Por lo demás, es muy fácil hacer esta apologia. Basta esponer sencillamente la historia de la calumnia para que queden confundidos sus autores. Cuando empezaron á causar escándalo las Reflexiones morales de Quesnel, esto es, luego que adquirieron alguna publicidad, Noailles que habia pasado de la silla de Chalons á la de la capital, dió comision á algunos teólogos para que revisasen la obra que ocasionaba aquellas turbulencias. Al principio se trató de corregirla. Luego se creyó que era mejor solicitar la aprobacion del obispo de Meaux. En efecto, no habia cosa mas á propósito para hacer callar á todos los criticos, que el voto de un juez, considerado mucho tiempo habia como una de las mayores lumbreras de la Iglesia de Francia, declarado generalmente contra todos los novadores, y además íntimo amigo de Gaudet Des-Marais, obispo de Chartres, que era el prelado mas opuesto al jansenismo. La gran conexion que tenia tambien con Noailles, hacia creer que daria su aprobacion si hallaba algun medio de conciliar este buen oficio con su honor y su conciencia.

Entretanto el obispo de Meaux, antes de prometer cosa alguna, exigió que por el contrario se le diese palabra de rehacer en la nueva impresion ciento y veinte cuartillas (que quedaron señaladas) en un libro tan justamente mirado como sospechoso, y que en esto se habia de proceder con toda legalidad.

(1) *Mem. cronol. y dogmat. t. 4, pag. 275 y sig.*

Así se le ofreció. Bajo este supuesto trató de ver si podria dar algun aire de verdad á otras muchas proposiciones, y reducirlas al sentido católico. Mientras se ocupaba en este trabajo, se quebrantó la palabra que se le habia dado, y se imprimió la obra casi del mismo modo que estaba antes; esto es, con una parte muy pequeña de las correcciones en que se habia convenido. Con esto se persuadió Bossuet de que no pudiendo admitir el libro las interpretaciones que procuraba darle, debia suprimir todo lo que habia escrito con este objeto, y ya no se volvió á hablar de semejante asunto mientras él vivió. Pero despues de su muerte, un quesnelista fanático, llamado Le-Brun, pudo adquirir una copia de dichos apuntamientos, y la envió á un canónigo de Lila, que la hizo imprimir en Bruselas. De este modo se presentaba como jansenista al prelado que habia querido quitar de un libro el veneno del jansenismo, y se publicó su proyecto de correccion como una apologia formal de la obra que con él quedaba inficionada.

Llegó el atrevimiento á presentar este escrito como un testimonio auténtico del grande obispo de Meaux á favor de las *Reflexiones morales*, en un tiempo en que habia pocas personas en la corte y en las demas ciudades del reino que pudiesen ignorar cómo habia pensado constantemente acerca de este punto, y aun era difícil que lo hubiesen olvidado los mismos quesnelistas; pues el señor Willart habia escrito al P. Quesnel con fecha 30 de enero de 1700, que acababa de saber que el obispo de Meaux, á ejemplo de otros muchos, hablaba mal de los cuatro hermanos ó de los cuatro tomos de las *Reflexiones*. Por el mismo tiempo, escribiendo el abad Couet á Bossuet, que promovía en la asamblea del clero la censura de esta proposicion, *el jansenismo es un fantasma*, se esplicaba así: «Sabemos que habeis dicho á varias personas que las cinco proposiciones se hallan en el libro del P. Quesnel. Es regular que tampoco os hayais olvidado de

que no há mucho tiempo que declarasteis á un obispo de la asamblea, que se hallaba en este libro el puro jansenismo.» Asi hablaban entonces los hombres mas adictos al partido, porque el hecho era notorio. Pero con el transcurso de los años se van debilitando todas las nociones, y llega un tiempo en que se cree que hay poco peligro en desmentirlas. Si se pierde el honor en el concepto de las personas instruidas, hay por lo menos una porcion de ignorantes, á quienes es fácil sorprender. Asi debia discurrirse en una secta, cuyo único apoyo son la astucia y el fraude.

Mas dirijamos nuestras miradas hácia una heregia mas violenta (1). Desde el centro de la Holanda, escitaba el ministro Jurieu con sus fogosos escritos el celo de los protestantes franceses, enviaba emisarios, y no hablaba mas que de venganza. Haciendo continuamente predicciones siempre desmentidas por los acontecimientos, habia calculado sin duda que el medio mas seguro de realizarlas, era armar á sus partidarios, é inspirarles su fanatismo. De aqui tantas provocaciones violentas, que disgustaban á los protestantes mas prudentes, si bien no se atrevian á oponerse á ellas por no irritar á un hombre que era omnipotente en su partido. Jurieu halló muchas gentes dispuestas á secundar sus proyectos turbulentos. Para facilitar el éxito de estos, se estableció en Ginebra una academia de ministros refugiados, que enviaban de cuando en cuando predicantes al interior del reino. Se puede uno figurar fácilmente lo que serian las exhortaciones de estos hombres nutridos en el odio al gobierno, y exaltados por el celo impetuoso de Jurieu y consortes. Segun se dice, esta misma academia habia encargado á Du-Serre, calvinista exaltado, el establecer en el Delfinado una escuela de profetas. Du-Serre escogió pues quince jóvenes y otras tantas doncellas

(1) Brucys, *Historia del fanatismo de nuestra época*.

del campo, que creyó sin duda á propósito para su designio. Los instruyó, les calentó la cabeza, y despues de haberlos formado para el oficio, y haberles hecho sufrir algunas pruebas, pretendió darles el Espiritu Santo, les soplo en la boca con ceremonias ridiculas, y los envió muy satisfechos del honor que acababan de recibir y se dispersaron. Entre ellos se contaba aquella pastora de Cret, á quien Jurieu ensalzó largo tiempo como á una profetisa, aun despues que ella confesó sus imposturas y se reunió sinceramente á la Iglesia: otros se esparcieron en el Vivarais y las Cevennes, y hallaron alli partidarios. Tenian asambleas en las que el profeta predicaba, vaticinaba, y mezclaba en sus discursos convulsiones, éstasis, y todo cuanto podia seducir á gentes groseras y crédulas. La ilusion y el fanatismo se propagaron rápidamente. El don de profecía fué comunicado á otros, y todos quisieron ser inspirados; hasta los niños aspiraron á este honor. Se formaron reuniones numerosas, en las que los impostores seducian á la multitud con sus declamaciones, al paso que la fascinaban con sus prestigios. Pretendian saber las cosas mas secretas, hacian muchas contorsiones y saltos descompasados, exaltaban los espíritus y soplaban el fuego de la rebellion con sus predicciones. Fué preciso recurrir á la fuerza para disolver estas reuniones. Pero en 1704 tomó el mal un nuevo acrecentamiento en las Cevennes, pais áspero y montuoso, que probablemente se habia juzgado á propósito para establecer en él el foco de la sedicion. El número de los inspirados se aumentó de una manera prodigiosa, y por todas partes no se veian sino asambleas fanáticas, en las que no se hablaba mas que de venganza, y se exasperaba á los campesinos sencillos y ya descontentos. Se quejaban altamente de que en odio de su religion se les agoviaba en el repartimiento de los impuestos, y que el esceso que se les obligaba á pagar solo servia para aliviar á los católicos; con cuyo motivo muchos de aquellos

sediciosos se negaron á aprontar su capitacion. No dejaron de exigirla los recaudadores públicos, y en algunas aldeas de Cevennes embargaron los bienes de los que mas alborotaban. Estos recaudadores fueron sacados de noche de sus casas, y ahorcados en diferentes árboles, con los despachos al cuello. Temiendo ser conocidos los autores de este atentado, se habian disfrazado poniendose camisas encima de los vestidos, y por eso se le dió el nombre de *encamisados* (1).

El marqués de Broglie, comandante de la provincia, y Baille, intendente, enviaron tropa, y se prendió á los reos, los cuales sufrieron el castigo que merecia su delito. No produjo este ejemplar el efecto que de él se esperaba. El suplicio de algunos asesinos aumentó infinito el número de los perturbadores públicos. Se juntaron de todas partes, bien que de noche y disfrazados como la primera vez. Se esparcieron por las casas de campo y demas habitaciones de los católicos, donde al principio se contentaron con robar, sin efusion de sangre; pero no tardaron mucho en añadir al latrocinio la violencia, las muertes, los sacrilegios y las mayores atrocidades. Sus tiros se dirigian principalmente contra los eclesiásticos, y en especial contra el abad de Chayla, arcipreste de Mende é inspector de las misiones, que habia hecho poner en un convento á dos calvinistas relapsos. Cercaron de noche su casa, violentaron las puertas y le mataron, con algunos otros eclesiásticos que habia en ella. Renováronse entonces en aquella infeliz region todos los escesos que habian cometido antiguamente los hugonotes en toda la estension del reino: se rompieron las cruces y las imágenes de los Santos, se incendiaron las iglesias, fueron degollados los clérigos y los religiosos, despojados los altares, robados y ro-

(1) *Memor. para servir á la Historia eclesiást. en el siglo XVII*, t. 1., p. 10.

los los vasos sagrados, y pisadas las hostias consagradas.

En fin, llegó el desorden á tal estremo, que fué necesario enviar un ejército al Languedoc, con orden al mariscal de Montrevel para que le destinase á reducir aquellos fanáticos atroces, el cual hizo todo lo posible para esterminarlos. Despachó destacamentos considerables, los cuales acuchillaron un gran número de ellos. Fueron sorprendidos cuatrocientos en una casa de campo cerca de Alet, y pasados á cuchillo sin que se escapase ni uno solo. Otros doscientos tuvieron la misma suerte cerca de Uze. El marqués de Fimarcon derrotó una gran porcion de ellos en los alrededores de Nimes. Despues fueron tantos los ajusticiados, que apenas bastaban los verdugos. Todos aquellos á quienes se cogian con las armas en la mano, morian irremisiblemente en el suplicio de la rueda.

Parecia que estas derrotas y castigos habian de contener el desorden; pero la heregia, siempre semejante á sí misma, se hallaba coaligada con las potencias enemigas para encender la guerra civil en Francia. Los ingleses y holandeses que necesitaban de diversion en la guerra de España, la cual habia sido muy feliz hasta entonces para la casa de Borbon, les enviaban armas y dinero, y les ofrecian poderosos refuerzos de parte del duque de Saboya, diciéndoles que iba á penetrar en el Delfinado para reunirse con ellos. Y aunque este principe necesitaba sus fuerzas dentro de sus Estados, seguía en su obstinacion aquel populacho, engañado con una esperanza quimérica. Entretanto el mariscal de Montrevel, que habia sido nombrado para el gobierno de la Guiena y queria acabar de sujetarlos antes de marcharse, los perseguía con el mayor vigor. Continuaban divididos en varias partidas, cuyos principales gefes eran un aventurero, llamado Rolando, y Cavalier, panadero de profesion. Este que era vivo, ardiente, emprendedor y atinado en sus resoluciones, era el que les